

CAPITULO SEGUNDO

CONFIDENCIAS.

I.

En una de las apartadas estancias del castillo de Miramar se hallaban los archiducos, la misma noche del día en que Maximiliano había aceptado tácitamente el trono de México. Los consortes ojeaban el *Diccionario* de la lengua de Cervantes para leer un expediente, en el que figuraba el dictamen de la Junta de Notables y el decreto de 12 de Julio.

Carlota había pasado su brazo por el cuello de Maximiliano, y sus mejillas rozaban el semblante del archiduque.

Daban las doce en el reloj del Castillo.

El joven príncipe dejó caer su cabeza en el respaldo del confidente, y entró en un insomnio agradable, soñando con el esplendor y riqueza del Nuevo Mundo.

La hermosa nieta de Luis Felipe siguió leyendo con avidez aquellas páginas.

El semblante de Carlota se alteraba visiblemente, su mirada se fijó repentinamente en un punto invisible del aposento, sus labios comenzaron á balbutir algunas palabras y su seno se dilataba como agitado por la opresión.

Pasó así algunos instantes, desató su brazo del cuello de su esposo y se levantó pausadamente.

Contempló al archiduque con una mirada sombría, y tomando la luz penetró en el salón donde se hallaban los retratos de los emperadores austriacos y el de los hijos del rey Leopoldo.

En la mesa del centro había un mapa de México.....

La joven se detuvo ante aquella carta mágica: "aquí," dijo señalando el Septentrión y posando sus dedos en un punto del globo donde se leía "México."

— El Atlántico, continúo con ansiedad, el vapor lo atraviesa por el trazo de Cristóbal Colón; ¿qué importan las tempestades ni los huracanes?..... ¡El siglo XIX delante de la tumba del siglo XIV!..... ¡El Pacífico! baña sumiso las playas del nuevo imperio!..... ¡Esta línea que se prolonga al través del grado treinta y tres..... ¡la patria de Washington!

Nublóse el semblante de la princesa, mordió su labio, hincando sus dientes de marfil en aquella hoja de rosa, hasta hacer brotar la sangre.

¡El Capitolio! ahí está el pedestal de la República del continente..... ¡maldición!.....

Después de un momento exclamó:

— Llega hasta aquí el ruido de sus monitores, la guerra civil destroza el suelo de Jackson..... Dos gigantes terribles libran su existencia en un duelo á muerte!..... ¡El imperio! ¡la corona! ¡Ensueño delicioso! Desde el trono, dominando los dos mares que ciñen al mundo..... ¡La Francia cabe uno de mis Estados!..... ¡La Francia!..... mi abuela, ¡Dios mío!..... Luis XVI..... ¡la guillotina!..... ¡la revolución!..... ¡la República!..... ¡María Antonieta!..... ¡la Marsellesa!.....

Cubrióse con las manos aquel rostro desfigurado, y levantándose resuelta ¿Qué impicita? dijo, las almas débiles ceden á los embates de la revolución..... es necesario morir, pero en un lago de sangre hirviente..... la bandera de la Francia ya está empapada..... ese pueblo bendecirá la mano que restañe sus heridas..... sus hombres de Estado son unos miserables que han temblado en nuestra presencia deslumbrados ante el fuego fatuo de nuestra grandeza!.....

Apareció en sus labios una sonrisa sardónica de profundo desdén.

— El porvenir es nuestro, los votos de aquel país se clavarán en las bayonetas de Napoleón III..... ¡Bonaparte! usurpador del trono de mis mayores, ¡aventurero! tú crees en la alianza de la hija orgullosa de la rama de Orleans..... más tarde..... cuando sea emperatriz, te cobraré medio siglo de represalias!

Luego se dirigió al retrato de José II y lo apostrofó de una manera terrible.

— Tú también le dijo: que has arrebatado á tu hermano el Lombardo Veneto, vas á sentirte humillado con su exaltación al trono de México; ¡tu miserable, que has puesto la mano en tu enmohecido acero para herir á tu hermano! ¡Cafn!..... ¡acta! algún día volverás tus dolientes miradas hacia el imperio azteca!..... La Prusia te acecha, y la Polonia se despierta de su letargo de esclavitud!..... ¡La Italia se rejuvenece al impulso del siglo! ¡Pío IX está envuelto en la tormenta revolucionaria!..... ¡Dios mío! ¡el Pontífice!.....

Yo sectaria de la Iglesia Luterana tendré que recibir la bendición de ese impostor..... ¡paso por las horcas caudinas! y dejó escapar una estridente carcajada que resonó lúgubrememente en el espacioso salón



II

Despertóse el austriaco al ruido nervioso de aquella carcajada y se dirigió al aposento pálido y sombrío como un espectro, entreabrió la puerta y vió á la jóven archiduquesa delirante, extraviada, hablando con los retratos de sus antepasados.

—¡María Antonieta! exclamaba; ¡ahí estás en los momentos de subir al cadalso! tu mirada es terrible, nuestra raza entra con paso seguro por la portada de la tumba. ¡Tu cabeza separada del tronco ha impuesto con su mirada al verdugo!..... ¡bien! ¡la revolución asola las regiones septentrionales, puede ser que yo tenga los pies en el primer escalón de la guillotina!

Estremecióse Maximiliano, un sudor helado brotaba de su frente y con sus manos oprimía el corazón que amenazaba romperle el pecho.

Y luego dirigiéndose á su hermano le dijo:

—Duque de Brabante, ¡yo antes que tú! y cayó sin sentido retorciéndose en horribles convulsiones

—¡La locura! gritó Maximiliano, y sus ojos se llenaron de lágrimas.

III

Al siguiente día su alteza el archiduque concedió audiencia á un emisario de la República.

El enviado era un hombre de fisonomía distinguida, alto, ojos un tanto pequeños, la frente despejada, de locución breve y sencilla; este individuo era un secretario de Justicia en el gobierno de Juárez y enviado en esa época cerca del S. M. B.

—Caballero, dijo el archiduque, supongo que algún negocio importante de vuestro país os trae á Miramar.

—Me permitirá vuestra alteza, dijo con voz clara el plenipotenciario, que os hable con entera franqueza y os manifieste el objeto á que se refiere la audiencia que el señor archiduque me ha concedido?

—Caballero, dijo Maximiliano, vuestra calidad de mexicano os hace asequible, y yo tengo gran satisfacción de escucharos.

—Entro desde luego, dijo el ministro republicano, en el terreno de la cuestión.

—Sea, respondió el archiduque.

—Una comisión de individuos mexicanos os ha venido á ofrecer el trono de México.

—Ya os escucho, caballero.

—Supongo que la verdad aún no habrá llegado á vuestro oído.

—No os comprendo bien, caballero.

—Voy á ser más explícito. La Europa hizo una combinación que se llamó *el convenio de Londres*, que no era otra cosa que un programa de conquista; porque esos pretextos no motivaban un *casus belli*.

—Continuad, dijo el austriaco, visiblemente inquieto.

—Está á vuestro alcance el aborto de aquella convención, y la política de la Francia en este asunto.

—S. M. Napoleón III nada me ha dicho acerca de esos planes.

—Lo creo, señor; pero me refiero solamente á los hechos. Su majestad Napoleón III ha sido engañado en América.

—Yo tengo fé en la capacidad y en los conocimientos del emperador.

—Yo vengo del teatro de los sucesos, y mi objeto es puramente patriótico.

—No me sois en manera alguna sospechoso.

—El ministro hizo una inclinación de cabeza, y prosiguió:

—La intervención ha triunfado; la lucha ha sido con el patriotismo desarmado, acaso se haya dejado oír por estas regiones la victoria del 5 de mayo.

—Sé, dijo el archiduque, cuanto tiene atingencia con las glorias de vuestro país.

—La República ha luchado hasta quemar su último cartucho, hoy se refugia en las montañas y no abandonará el terreno hasta dejar en él la postrer gota de su sangre.

—¿Y bien, caballero, es una amenaza?

—Su alteza no ha acabado de oírme. El triunfo de la intervención importa el yugo de las armas y el principio político es falso.

—Ahí está en ese cetro una prueba en contra de vuestra opinión.

—Conozco, dijo el ministro, ese documento; la voluntad de la Francia signada por un grupo de mexicanos que no pueden nunca representar la voluntad nacional.

El austriaco movió con impaciencia la cabeza.

—Acaso abuso de vuestra condescendencia.

—Seguid, que yo me he impuesto el deber de oír en esta cuestión todas las opiniones.

—Una generación nacida en la república, no tiene simpatías por la monarquía ni cree en esa institución que tantos resultados ha dado en Europa. El ejemplo de Iturbide es una muestra patente del respeto con que el pueblo mira las dinastías.

Maximiliano se pasó las manos por la frente.

—Cuando una idea viene germinando de años atrás en el cerebro de un pueblo, acaso echa raíces; pero implantar un sistema enteramente nuevo es muy peligroso.

—El paso de la monarquía á la república, observó el archiduque, fué tan violento, como el cambio que hoy se propone.

—La tiranía, señor, no es un sistema, y tal era el gobierno virreinal en América; el pueblo pedía la libertad de sus tradiciones y se apoyó en la República para encontrarlas.

—Es que sus tradiciones eran imperiales.

—Permitame V. A. decir, que un pueblo acepta de los suyos acaso lo más absurdo, y rechaza en su patriotismo hasta los bienes, cuando se le llevan en las cureñas de los cañones extranjeros.

—Caballero, dijo el archiduque, aprecio vuestra confianza y deseo escucharos hasta el fin.

—Decía á V. A. que la monarquía será de fatales resultados para la nación mexicana, ella vivirá mientras las armas francesas permanezcan en México, después, señor.....V. A. no conoce aquel país, es una generación acostumbrada á los peligros de la revolución; allí se ve con desprecio la muerte, el patíbulo es la orden del día, suben á él los jóvenes y los ancianos con la frente erguida y desafiando con sus miradas á la muerte que tienen delante. Señor, Iturbide era el ídolo del pueblo, no se conocía aún la república; pero se odiaban las coronas, y la del emperador rodó con su cabeza en un cadalso.

El semblante de Maximiliano se cubrió de una palidez mortal.

—Hay intereses, continuó exaltado el ministro, que al sentirse heridos por la monarquía, se alzarán terribles; aquel pueblo se lanza á la contienda á la voz mágica de *libertad*, odia á los traidores y sus hombres le arrojan delante la monarquía de José Napoleón en España y los horrores cometidos por el ejército francés en el trayecto de Veracruz á México. Esos asesinatos sangrientos, ese enseñoramiento de los hombres á quienes detesta y que hoy los vé en los escaños del poder, juzga será todo su porvenir y maldice la intervención y el imperio.

—¿A que llamarme? dijo con voz trémula el archiduque, ¿por qué ayer se me pintó un cuadro tan diferente del que vos me trazáis?

—Señor, guarde V. A. que se le busca como el instrumento de un partido, abrid el libro de nuestras revoluciones y encontraréis figurando de una manera siniestra á todos los que hoy aclaman la monarquía.

—¡Pero las naciones extranjeras! ¡pero la Europa! gritó el archiduque.

—Señor la Europa es la misma de la Convención de Londres, ella os lanzará para explotar el oro mexicano, y os dejará en el peligro como le ha sucedido á la Francia á quien se le nubla el porvenir; porque yo os aseguro que ha dado un golpe falso en su política.

—El poder de la Francia en América y el reconocimiento de la Europa, pueden consolidar el trono.

—Permita V. A. que le manifieste mis ideas sobre este punto. Los Estados Unidos no consentirán jamás en el establecimiento de un trono y el poder de esa nación puede oponerse á la Europa entera.

El archiduque, que conocía la verdad de estas razones, fijóse más en el hombre de Estado, cuyo valor se ponía á toda prueba.

—La guerra que hoy alienta la Europa declarando beligerantes á los confederados, prosiguió el diplomático, se ahogará ante el poder gigante de la unión, oid, señor, “un millón trescientos mil hombres” Esa cifra es el porvenir del Continente.....no aceptéis un trono que durará la luz de un sol, vos pertenecéis á una dinastía cesárea cuyos antecesores llevan muchos siglos de esplendor.....No, V. A. sería una de tantas víctimas arrastradas al fatalismo de la revolución. V. A. no llevará el nombre de Hapsburgo á confundirlo con esa serie ridícula de virreyes, cuyos nombres maldicen tres siglos de oprimidos. Créame V. A., no expongáis á vuestra augusta esposa á esa vorágine que todo lo devora.

IV

—Perdone V. A. I., dijo un individuo de la servidumbre de palacio: un telegrama urgente de París, y puso en manos del archiduque el parte telegráfico.

Napoleón III felicitaba á Maximiliano por su aceptación tácita del trono de México.

El archiduque lo arrojó sobre la mesa.

—Caballero, dijo al ministro, hemos concluido, yo meditaré cuanto habéis dicho, aún no acepto definitivamente el título de emperador.

—Yo conjuro á V. A. en nombre de una nación agonizante, en nombre de una libertad que tarde ó temprano debe conquistarse, á que no os compliquéis en el alto crimen de lesa independencia.

El austriaco mostró con una inclinación de cabeza, que la audiencia había terminado.

V.

Luego que el ministro salió del salón, el infeliz archiduque se dejó caer en el confidente y se cubrió el rostro con las manos.

—Señor, un enviado de la casa de *** solicita ser recibido por V. A.

—Que pase, dijo el archiduque.

Efectivamente, un socio de aquella casa de riqueza proverbial se presentó al archiduque.

—V. A. perdone, dijo el enviado con aquella familiaridad con que hablan los prestamistas á sus deudores, estamos sentados con V. A.

—¿Y qué ocasiona ese sentimiento? dijo sonriendo Maximiliano.

—Las casas de París se apresuran á hacerse cabeza del empréstito y creo que á nosotros nos toca de derecho: ya considerará V. A. que cincuenta millones de dollars, es un negocio que no es de desperdiciar.

—Aún no he pensado en organizar el empréstito, pero vosotros seréis los favorecidos en este asunto.

—Entonces, no piense V. A. en las letras que hoy se cumplen, las daremos por refrendadas cargando el importe del rédito.

—Necesito hoy mismo de vuestros fondos.

—V. A. se servirá designarme las propiedades que pueden hipotecarse.

El archiduque se acercó á la mesa, tomó el telegrama de París y se lo presentó á su acreedor, que pasó por él una rápida ojeada.

—¿Y cuándo aceptará definitivamente V. A. ese rico imperio?

—Cuando la voluntad unánime de ese pueblo me haya llamado.

—No es aún asunto del todo arreglado; pero la casa no puede excusarse de servir á V. A. espero en consecuencia sus órdenes; y saludó profundamente al archiduque.

VI

—¡Esto es horrible! gritó Maximiliano, la ruina ¡la bancarrota! la vergüenza!.....

Se acercó á la mesa y tocó la campanilla.

—A mi secretario, dijo al uger, y tomando el parte telegrafico lo leyó por tercera ocasión.

—Todo lo he oído, dijo la archiduquesa entrando en el aposento; por la primera vez me he permitido una acción que pugna á mis sentimientos.

—Carlota, murmuró Maximiliano, mi situación es horrible y no puede sostenerse por más tiempo, estoy delante de un abismo; pero no aceptaré ese trono en que tu existencia se compromete, yo te amo y me falta el valor para exponer lo único que me queda sobre la tierra,

—La joven princesa acercó su frente al austriaco quien la besó con ternura.

—Tú vez, dijo emocionado el archiduque, al estado á que me tiene reducido el emperador; condenado á vivir en este rincón de la Europa, cada soplo de popularidad que pasa sobre mí, es un rencor que se hacina en mi alma, y acabará por estallar algún día.

—Sí, es cierto, dijo la princesa.

—El decoro de familia le ha obligado á darme un puesto que no desempeño, porque mi presencia le inquieta en todas partes. Los negocios de México, le dan pretexto para alejarme. ¡qué le importa mi porvenir!

Bien, dijo Carlota entre este presente de humillación y los eventos revolucionarios de América, no hay que vacilar. Yo empeñaré mis alhajas como Isabel la Católica para esta empresa, tu nombre quedará ileso, luchemos con el destino cuyas sombras comienzan á ceñir nuestro horizonte.

—No, jamás! murmuró Maximiliano, ese trono que se me ofrece es un cadalso cubierto de púrpura. Tú perteneces á la familia de Orleans, y yo tengo miedo por esa predestinación de fatalismo.

—Maximiliano, escúchame: el mundo está pendiente de tus labios, la suerte viene á buscarte al recinto de tu palacio, la familia de Hapsburgo no ha dado nunca un cobarde.

Paróse el archiduque como impulsado por una fuerza desconocida. ¡Nó! respondió con ardor; ni la fortuna ni las vicisitudes han hecho empañar la frente de mis antecesores, yo no temo ver arrebatada mi existencia en las olas sangrientas de una catástrofe, no, lo que temo es amargar los postreros días del rey Leopoldo.. su hija..... ¡Gran Dios!

—Tu mano, dijo Carlota de Austria, firmará la aceptación del trono, allá encontrarás el pedestal de tu trono, ó el cadalso de la predestinación..... Yo he escuchado la voz fatídica del enviado de Juárez, y me he estremecido; su influencia ha durado por un solo instante: mira, añadió señalando la

carta geográfica; las bayonetas francesas lo arrojan hasta aquí, y á estas horas llegará tal vez á las orillas del Bravo; un paso más, y su constitución misma lo separa de la silla de la república!

—Yo sé, dijo Maximiliano, que ese pueblo no podrá resistir por el momento al ejército de la Francia, pero esa bandera llegará un día en que deje el suelo mexicano y estallará terrible la revolución.

—Mira, continuó la archiduquesa, somos en el año de 863, desde 848 los soldados de Napoleón sostienen á Pío IX. Quince años de paz, y el porvenir es nuestro..... Maximiliano, más vale el cadalso de un emperador, que la vida obscura del hermano de José II!

Al nombre del emperador de Austria, la frente del archiduque se inclinó como herida por un rayo.

—Es cierto, exclamó; es cierto, Carlota, he preferido este retiro voluntario á la humillación de prosternarme ante mi propio hermano, como el primero de sus súbditos.

—Sí, México! gritó con entusiasmo la joven princesa, más allá del Atlántico existe una nación virgen, hermosa, llena de inmensos tesoros; la fábula! la ilusión..... todo se realiza en ese suelo encantado; sí, México! partiremos, pero partiremos para siempre. Desataremos los eslabones de la cadena que nos ata á la Europa, colocaremos la primera piedra del segundo imperio; el mundo viejo nos acompaña en la expedición; Maximiliano de Austria, ya eres emperador!

La voz mágica de aquella mujer, las tradiciones que guarda la Europa acerca de los antiguos dominios de Moctezuma, exaltaron la imaginación del archiduque, é impulsado por las contrariedades de su destino, triunfó de aquella lucha en que lo comprometía su cerebro y su corazón.

—Bien! exclamó, yo colocaré sobre tu frente la diadema de emperatriz; si la revolución en su día tremendo, la arrebata de tus sienes, yo habré dejado de existir, pero tú no me culparás de tu destino.

—Fernando, dijo con un acento profundo de ternura, yo he aceptado ante Dios y ante los hombres tu porvenir; de mis labios no esperes un reproche en los momentos de una vicisitud; yo seré siempre tu compañera, tu amiga, tu esposa!

Y depositando un beso ardiente en las mejillas del austriaco, desapareció tras las cortinas del aposento.

VII.

Maximiliano no olvidó en muchos días al enviado de la república.

Aquel hombre, cuyo valor y patriotismo lo alentaron has-

ta presentarse en el castillo de Miramar en los momentos más terribles de la crisis revolucionaria, murió lejos de su patria sin ver el término de esa lucha que emprendía una nacionalidad desarmada contra la influencia de la Europa entera.

Nosotros consignamos en estas páginas su nombre, porque ya ha entrado en el silencio de la tumba: se llamaba *D. José de Jesús Terán*

CAPITULO TERCERO

UNA TERTULIA DE LA REGENCIA.

I.

Ya hemos dejado la Europa para volver á ella acaso en días no tan bonancibles como los presentes.

Queda allí su diplomacia envuelta en laberintos de sus combinaciones, y los banqueros en el mundo de la especulación, al escuchar la campanada que anuncia la muerte de una república y la exaltación de un trono en las regiones de Anáhuac.

II.

Estamos en la capital, esa ciudad coqueta, que tiene una sonrisa para todos y un atractivo irresistible.

Coronada por los hielos del invierno, es encantadora; ceñida con las flores perfumadas de primavera, no tiene rival en todo el continente.

Nadie la ha visto sin amarla.

Nadie la ha amado que pueda olvidarla.

El aroma de sus jardines, el color de su aliento, la luz purísima de sus miradas, la voluptuosidad de sus noches, el fulgor de sus estrellas que forman el tocado de su inmortal cabeza, todo arrastra á un vértigo delicioso en que la vida se consume y el espíritu se alza á los cielos de la ilusión y del encanto.

La beldad del Septentrion, sólo sabe llevar la corona de luceros ó de flores, las otras dejarían en su frente una huella como la del fuego, una marca de sangre!.....

III

En el salón de embajadores había improvisado la regencia sus tertulias.

Hacia los honores el general Almonte con aquella galante-ría cómica del teatro francés.

Las reuniones de la regencia no eran de lo más distinguido, ni lo podían ser, porque la aristocracia mexicana está en una minoría absoluta.

Esa clase la forman las familias ricas y algunos títulos cu-yos últimos vástagos han aceptado por completo la república y ellos mismos se burlan de los pergaminos y los escudos.

La aristocracia del talento nunca estuvo con el imperio, y la aristocracia política iba de huida derramándose por los campos y ciudades, llevando el pensamiento de la independen-cia.

Quedaba, pues, un grupo de familias conservadoras que se ostentaban con gran lujo en los salones de Palacio, y las fami-lias de los nuevos empleados de la regencia, en su totalidad desconocidos.

—Era una sociedad que nadie la hubiera sospechado.

Lo más granado de aquella reunión eran los antiguos mi-nistros de la dictadura de Santa-Anna, y Monseñor Labastida, Regente, gran Canciller de la orden de Guadalupe y Arzobispo de México.

El primado de la Iglesia mexicana, es un arrogante clérigo, alto, grueso, bien formado, unos ojos centelleantes, una denta-dura bien cuidada, sus manos parecen de una dama, á lo que se agrega una buena capacidad y una soltura grande en el len-guaje.

Este personaje es muy importante en la política ultramon-tana, cuyas tendencias influenciaban al gobierno provisorio.

Monseñor Labastida, á pesar de sus vestidos morados y su *pastoral*, era un buen mozo que bien podría hacer una conquis-ta.

Monseñor se paseaba por el salón, del brazo del general Sa-las. ¡Contraste horrible! la negación de toda capacidad junto al claro talento de Labastida.

El hombre del pasado con el recuerdo de los motines mili-tares, y la cabeza del clero en la revolución militante conser-vadora, trayendo al siglo XIX aquella política que duerme con su fundador en las tumbas de San Lorenzo del Escorial.

—El ejército, decía el viejo soldado, será el sostén del Im-perio, sin la fuerza de las armas no hay gobierno posible, la letra con sangre entra.

El Regente no disimulaba una sonrisa sardónica al oír los discursos de su colega.

—Sí, proseguía el general, es necesario abolir ese nombre de guardia nacional; S. M. Carlos III no pensó jamás en esa organización que ha dado resultados tan funestos.

—No obstante, replicó el arzobispo, seguramente por em-bromar á su compañero, el 5 de Mayo fueron las guardias nacionales los que dieron la batalla al coronel Laurencez, ¿no es cierto?

—No; esas fuerzas ya estaban bajo un pié veterano: voy á explayar-me.

—Dejo á V. E., dijo Labastida, con este señor coronel que podrá entender mejor los planes militares, que yo, quesoy en-teramente profano al arte de la guerra. Dejando á un desgra-ciado jefe en manos del Regente, Monseñor se dirigió á un grupo de señoras, muy respetables por sus nombres y más aún por su longevidad.

IV.

— Señor, dijo una señora obesa y en cuyas mejillas habían entrado seis libras de cascarilla, venga S. I. á nuestro lado, tenemos que hacerle algunas preguntas sobre su viaje á Ro-ma.

—Como ustedes no pregunten de los templos de la Ciudad Eterna ó del Santo Padre, yo no podré darles otras noticias.

—Se trataba, respondió una voz chillona que ya ha herido el tímpano á nuestros lectores, de saber si existe la tumba de Nerón.

—Hay una especie de monumento derruido que aseguran ser el sepulcro del asesino de San Pablo, señoras.

—Me han asegurado que ese hombre se hizo bautizar mo-mentos antes de espirar; ¿no es cierto, Monseñor?

—Nada de eso cuenta la historia.

—Pues dicen que hubo testigos presenciales que lo vieron contesar y arrepentirse.

De los labios del Regente se volvió está frase: "aun no se inventaba la confesión auricular."

—¿Y la Vía Apia?

—Es un camino como otro cualquiera, nosotros creemos encontrar la Roma pagana en nuestro viaje á las siete colinas: de aquello queda un montón de escombros donde se lee con trabajos la grandeza de otros siglos: hoy todo ha variado, el cristianismo le ha dado otro forma á la Ciudad de los Césares.

—S. S. I. traería muchas reliquias, prosiguió la voz aguda

de la señora de Fajardo, pues no era otra la que interrogaba al Regente, en compañía de una amiga y compañera de los bailes de la corte.

—He traído libros que valen tanto como las reliquias, ya en otra vez tendré el gusto de hablar á usted de eso.

—¿Y qué señas particulares tiene el Santísimo Padre? insistió Doña Canuta.

—No le ví ningunas, repuso el arzobispo, á quien molestaba tanta pregunta.

—¿Y le contaría á S. S. I. sus trabajos cuando los demagogos lo lanzaran del Vaticano á Gaeta?

—Algo hemos hablado.

—S. M. Napoleón III es el protector decidido de la Iglesia; sin él, V. S. mismo no estuviera en esta tertulia.

El regente se impacientaba de una manera horrible.

—Estamos celosas de S. S., dijo la señora gruesa, moviendo los ojos con una coquetería abominable.

—¿Celosas?

—Sí, Monseñor, celosas; si no hubiéramos hecho una indicación, seguramente S. S. I. no se hubiera acercado á nosotros.

—Ustedes perdonen, yo he buscado la compañía de ustedes voluntariamente.

—¡Ay, Monseñor! ya deseábamos este cambio, la República nos había *entreclasemediado*, esta resurrección de la monarquía nos hace pelirar, ya se levanta al fin esa barrera que no debió allanarse nunca entre nosotros y el populacho.

—Es verdad, señoras.

—Yo recuerdo con dolor, que al salir para el destierro, han arrojado piedras á vuestro carruaje. ¡Dios mío!..... Ese populacho de Veracruz eses.....para decirlo todo, es muy republicano.

—Yo nada recuerdo, señora, y menos ese episodio, del que fueron principales autores mis dignos compañeros los otros obispos.

—¡Ah, sí! yo no sé donde tengo la memoria, y usted, Canutita, que me deja decir desatinos históricos.

—No había reparado, me quitó la atención aquella pareja que corre como exhalación,.....

—Sí interrumpió Doña Canuta, hace un momento, con la cola de ese vestido me iban á desprender el pájaro que traigo en mi tocado.

—Hace un calor sofocante, dijo Labastida, y saludando á las dos señoras se dirigió al salón inmediato en busca de alguna persona de sentido común con quien platicar.

La empresa era difícil.

V.

—¿Qué guapo es este arzobispo! dijo la gorda á Doña Canuta.

—Sí, Efigenia, lástima que pertenezca á las manos muertas.

—Es que las suyas son muy bonitas, amiga mía.

—Comienzo á sudar, dijo Doña Efigenia, y la pintura que me ha hecho usted poner se me va deslizando á lo largo de la cara, temo que me noten algo.

—No hay que temer, amiga mía, es una pintura que resiste siete sudores y una temperatura á ochenta y siete del centígrado.

—Yo no tengo centígrado, respondió la obesa dama, y temo que se me desvanezca, ¡señor de Fajardo, señor de Fajardo! ¡qué casualidad, venga usted acá, venga usted!

—¿Qué se cree, señora? dijo el diplomático; me ha interrumpido usted un discurso sobre la diplomacia de Confucio, trataba de los imperios, y sacaba por ejemplo al celeste imperio.

—Eres un hombre desatento, ha estado en un tris el pájaro.

—¿Qué pájaro?

—¿De qué pájaro puedo yo hablarte?

—¡Ah! sí, ya comprendo; de ese faisán que te has empeñado en traer en la cabeza.

—Precisamente, y no soy yo quien se ha empeñado si no la modista, con tal arreglo al figurín.

—Pues no veo otro pájaro en toda la reunión.

—Alguno ha de ser el primero, así comienzan todas las modas.

—¿Y qué me quieren ustedes?

—Que nos lleves al salón de desahogo porque nos asfixiamos. Esta gente aún ignora la práctica de las cortes: Efigenia y yo nada hemos bailado: más galante era aquel alférez Poleón, al fin francés, la Francia es otra cosa, ¿no es cierto, Efigenia?

—Sí, amiga mía.

—El comandante Domuriez no se ha aparecido por aquí, esa Clara le tiene bebidos los alientos.

—Estos hombres, dijo Efigenia, se mueren por las pollas.

—Es una barbaridad, respondió el diplomático esas locuelas son insustanciales, yo no las requebraría por nada de esta vida, y dirigió una mirada oblicua á la dama, como una bomba á una plaza sitiada.

—El brazo, Fajardo, dijo aquella ballena en traje de baile.

Levantáronse los tres y abandonaron el salón donde bailaba aquella concurrencia, con desesperación horrible.

VI

—¡Allí vá, es ella! exclamó el joven Enrique, que estaba como siempre en un corrillo de amigos; esa señora ha de distinguirse en toda concurrencia: mirad, es un pavo el que lleva en la cabeza, la cola le cubre una mejilla, ¿de qué gallinero lo sacaría?

—Su esposo, dijo uno de los concurrentes, trae la jaula en la solapa del frac

—Es un animal vivo que se ha posado en la cabeza de esa reverenda señora.

—Por eso ha tocado ese súbdito poblano "El Ave en el Arbol."

—Esa señora es un tronco carecomido.

—¿Y la jamona que se le cuelga al brazo á ese infortunado de la corbata blanca?

—No hay que burlarse, señores, ese ídolo azteca es de mucho mérito.

—Merece que se le envié á S. M. Napoleón III como una muestra de esfinges, mirad, mirad qué ojos tan tiernos, parece un borrego á medio morir.

—Esa mole se permite apasionarse de un diplomático.

—Eso es inexacto, el amor es el espiritualismo, y en esa señora todo es materia bruta.

—Amigo mío, yo he tenido amores con un personaje más grueso aún, porque esa señora es un personaje en su género.

—¿Y qué hacíais para galantearla, entre cuántos la enamoraban?

—Esas son personalidades.

—¡Qué alegre está monseñor!

—Todas las jamonas se han apasionado del Regente.

—Como que lleva los hábitos como Carlos de Borbón.

—Estoy por vestirme de morado para hacer conquistas.

—La señorita de Almonte está sitiada por aquel general.

—Parece que la plaza se rendirá, no obstante que su resistencia es tenaz.

—La chica vale la pena.

—¿Y el general?

—No parece tan seductor como su hija.

—Se le ha olvidado llevar el uniforme, el día de la entrada no podía moverse bajo la presión de los bordados.

—Silencio, Señores, recordad que han salido para Ulúa esta mañana varios individuos.

—Usted perdone, ellos hacían algo más que llamar feo á un regente.

—Ahora, que se habla de ese asunto, mirad allí va el triunviro anti-diluviano.

—Es que mi general Salas es muy valiente.

—Lo cual no se opone á su modificación.

—¿Y de dónde ha salido tanta cara desconocida?

De las casas de vecindad; ahí veo á unas chicas que nunca pensaron en bailar en el palacio.

—Todas las aristocracias comienzan así.

—Ya sé que un soldado cualquiera con una acción gloriosa puede formar el tronco de una familia noble.

—Por ejemplo, la hija del octavo escribiente del peaje no está mala para princesa, ni la señora del estanquillo para marquesa.

—No lo digáis de broma, que el tabaco há vuelto á muchos aristócratas.

—Insisto en que esta sociedad es enteramente desconocida.

—Eso consiste en que tú no eres asistente al foro del teatro.

—¿Qué tiene que ver eso?

—Mucho; en las comedias de grande aparato se necesitan *comparsas*; y se toma al primero que se presenta para completar el cuadro; así en estas fiestas, se necesita de concurrencia, y reparten más billetes que un actor dramático la noche en que se estrena alguno de sus horrores.

Los regentes no pueden formarse idea de nuestra sociedad si la toman por lo que hay aquí esta noche.

—¿Qué importa la calificación?

—A mí me parece lo mismo; pero para ellos; se engañará más de lo que.....

Este hombre es imprudente; un triunvirato no se engaña jamás; vamos que tienes los resabios de la República.

—Me tiene inquieta la señora del faisán; temo que se lo hayan trinchado.

—Es muy probable

—Marchemos á tomar algo; los que no bailamos servimos de estorbo á los danzantes.

—Sí, tomaremos un helado por cuenta del tesoro nacional.

FIN DEL PRIMER TOMO.

ABRAHAM SANGHEZ ARGE, EDITOR.

EL CERRO
DE LAS CAMPANAS

(MEMORIAS DE UN GUERRILLERO.)

NOVELA HISTÓRICA MEXICANA

-POR-

JUAN A. MATEOS.

TOMO II.

TEPIC.

IMPRESA DE LOS TALLERES DE LA PENITENCIARIA.

1907.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO